

arrogantes las manos en airoso y simétrico trote, truenan las herradas pezuñas en el empedrado de las calles, que de vez en cuando fosforece, y dirígense á la Allameda para pasear á las reinas de la fiesta, tras las cuales vánse todas las miradas

## XVIII

Guillermo, todos los días hacía corte de caja en la contabilidad; pero como el dinero estaba exclusivamente á su cuidado y los rollos de billetes contenían cantidades determinadas, al practicar tal corte contaba en globo y no pormenorizadamente; pero nunca dejaba pasar un mes sin practicar minuciosamente la operación, y siempre le salían iguales la existencia y el saldo. Hallábase ocupado en esta operación, y al encontrar un déficit de cinco mil pesos, no se alarmó, creyó firmemente en una equivocación; pero cuando después de repetir la cuenta varias veces, el resultado fué idéntico, que dóse frío, y un horrible presentimiento torturó su corazón.

Revisó cuentas, documentos, libros, y

nada; la cantidad no parecía. En esta tarea estaba, cuando entró el señor Minjaves, y viéndole tan preocupado y afanoso, abriendo y cerrando cajones, y hojeando libros y papeles, preguntóle qué ocurría.

—Me faltan en la caja cinco mil pesos, contestó Guillermo, seguro ya de que esa suma había desaparecido.

Don Ignacio, que amaba el dinero con cariño firme y siempre creciente, se quedó atónito.

—No puede ser, exclamó, después de algunos momentos. Revise usted bien.

—Lo he revisado todo muchas veces, y no me cabe la menor duda de que alguien ha tomado de aquí esa cantidad.

—Pero si la caja está confiada á usted y sólo usted sabe el secreto de ella.

—Es verdad, y sin embargo, el dinero falta.

—Repito que no puede ser: habrá usted dispuesto de él.

—Jamás dispongo de lo que no me pertenece, repuso Guillermo, visiblemente indignado.

—Se habrá usted equivocado. Veamos esas cuentas.

Don Ignacio, silencioso y con la faz sombría, revisó todas las cuentas y documentos, y contó la existencia; el déficit era

indudable. Guillermo, entretanto, pensativo, ya daba vueltas en el despacho, ya se sentaba. No podía ni siquiera imaginarse quién se había apoderado de tal suma.

La hora de cerrar el despacho había con exceso pasado.

—¿Y bien, dijo Don Ignacio, con áspera voz y sañudo semblante, qué hacemos? usted es el responsable de ese dinero.

—No he dispuesto de él; pero lo pagaré. Hace tiempo que sirvo con laboriosidad y honradez en su casa, y no tiene usted la más leve queja de mí. Las gratificaciones anuales que mis compañeros han recibido, no las he recibido yo; dejándolas siempre en la caja de usted, con objeto de recogerlas por junto. Esas gratificaciones, anualmente fijadas por usted mismo, deben de ascender, por lo menos, á la cantidad que falta, abónelas usted á la caja.

—Este es asunto delicado que necesito meditar.

Guillermo, ofendido por la desconfianza de su patrón, no contestó ni una palabra. Tomó el sombrero y dijo con sequedad:

—Buenas noches, y salió del despacho, irguiendo con dignidad la cabeza, como

el hombre que está seguro de su buena conducta.

Don Ignacio quedóse un rato reflexionando.

El Lic. Cortés, por bien combinadas intrigas, había logrado ser el abogado consultor de la casa del señor Minjares; éste mandó hablarle inmediatamente.

Don Ignacio, caviloso ya por lo sucedido, temió ser víctima de una gran estafa, y alarmado, continuó revisando libros y papeles. En esta tarea encontró el joven abogado, quien saludóle sonriente y con el mayor afecto.

—Dispense usted que le haya molestado, le dijo Don Ignacio, pero me urge hacerle una consulta.

—Me tiene usted á sus órdenes.

—La caja de mi casa, como usted sabe, está confiada á Guillermo Fernández; hoy le han faltado cinco mil pesos, de cuya pérdida no dá ninguna explicación.

Los ojos de Ernesto brillaron con siniestro fuego.

—¿Y bien, murmuró, nadie más que Guillermo, maneja los fondos?

—Nadie más.

—Entonces no hay aquí nada que inquirir, sino un delito que castigar. Guillermo Fernández ha robado á usted.

—¿Lo cree usted así?

—Sin duda alguna. Y es necesario revisar la contabilidad, no sea que el desfaldo sea mucho mayor.

El señor Minjares palideció, helósele la sangre. El pensamiento del abogado coincidía con el que también á él habíale ocurrido.

—¿Qué le parece á usted conveniente hacer?, preguntó.

—Presentar sin demora la acusación al juez en turno, del ramo penal.

—Mas hay la circunstancia de que á Guillermo, por gratificaciones anuales desde que está á mi servicio, correspóndele aproximadamente la cantidad que falta.

—Y de sus sueldos mensuales, ¿le debe usted algo?

—No, señor, los pide mensualmente, pues creo que le bastan apenas para vivir, según su posición. La mejor remuneración para mis dependientes, consiste en la gratificación que se les dá después del balance anual, la que varía según las utilidades de la casa.

—¿Y tiene usted obligación de darles tal gratificación?

—Obligación estricta, no; costumbre á la cual no he faltado jamás, sí.

—Bien, pero tal gratificación merecen la los empleados fieles, de ninguna manera los que abusan de la confianza en ellos depositada; por otra parte, no es imposible que el desfaldo sea mayor y esté encubierto por hábil combinación de cuentas, y para descubrirlo, necesita usted calma y tiempo. No hay, pues, que tomar en consideración, para nada, las gratificaciones que usted menciona, tanto más, cuanto que no tiene usted estricta obligación de darlas.

—Tal vez tenga usted razón.

—Además, si Guillermo es inocente, lo que dudo mucho, pues le conozco bien, se justificará. No existen los tribunales para castigar á los inocentes, sino á los criminales, y para depurar la conducta de los que han dado lugar á que se sospeche de ellos.

El señor Minjares se quedó pensativo: aquella frase del abogado: conozco bien á Guillermo, le hizo temblar de piés á cabeza. La exaltada imaginación del banquero presentóle su casa quebrada, sobre él la ruina y la familia en la miseria.

—Proceda usted, dijo á Ernesto, como lo crea más conveniente, y á la mayor brevedad posible.

—En el acto, contestó Ernesto, y allí

mismo, en el escritorio, por largo tiempo ocupado por un dependiente fiel y honrado, que con su talento y laboriosidad había influido poderosamente en aumentar la fortuna de su patrón, escribió el abogado una virulenta acusación que arrojaba ignominiosa mancha en la limpia reputación de Guillermo.

Ernesto, concluido que hubo el difamador escrito, lo leyó á Don Ignacio, recalcando las frases que le parecieron más convenientes. El satánico espíritu del odio dió á la fácil palabra de Ernesto, vigor y elocuencia, y á Don Ignacio, cuyo ánimo no podía estar mejor preparado, parecióle aquel escrito, necesario y magnífico; así es que lo firmó, no sólo sin vacilación, sino con alegría, y aun recobró en parte la tranquilidad.

—Mañana, á primera hora, yo mismo lo pondré en manos del Juez, dijo Ernesto.

—Sí, señor abogado, se lo encargo á usted mucho.

El Lic. Cortés salió del despacho de Don Ignacio con la excitación de la hambrienta fiera que vé cerca de sí atada é indefensa á la víctima.

## XIX

En la casa del señor Sifuentes, hay inusitado movimiento: los pintores y tapiceros pintan los corredores y tapizan los muros de finísimo papel, y se espera un enviado especial de la casa de Jorge Unna de San Luis Potosí, encargado de amueblar lujosamente la planta baja destinada á Alfonso.

—Ahora solo falta, decía María Teresa á su mamá, que papá escriba á la casa de Wagner, de México, pidiendo un piano Steinway; algunas alhajas á "La Esmeralda," entre las que se contará el anillo de boda, y los trajes á "El Palacio de Hierro ¿te parece bien?

—Creo que tienes razón.

—Lo que no me agrada es que mi hermano Alfonso vaya á vivir en la planta baja; ¿por qué, papá, no le compra una magnífica finca? Lo que es á mí ya se lo prevendré en la primera oportunidad, me ha de dar una casa como regalo de boda.

—La planta baja de nuestra casa, hija mía, es muy buena: por mi parte me alegro mucho de la disposición de tu papá, pues así tendré á mi Alfonso cerca de mí.

En esos momentos entró Lupe á la estancia.

—Adelante, dijo Maria Teresa, adelante, querida hermana y la más guapa de las zacatecanas hermosuras. Nos has sorprendido en pleno consejo. Estábamos arreglando algunas cosillas para tu próxima boda..

Lupe bajó los ojos y vivo carmín coloreó sus mejillas.

Doña Carmen saludó cariñosa á Lupe é intencionalmente salió de la pieza, para dejar libertad á las jóvenes que no gustan de ser expansivas delante de personas de respeto. Apenas salió, Maria Teresa dijo á Lupe.

—Tengo que contarte muchas cosas.

—Ya te escucho.

—Guillermo, desde el día de la corrida de aficionados, mejor dicho, desde la noche de la última posada á que concurrió, que fué la que me tocó, está muy poco comunicativo conmigo, y en la corrida apenas me dirigió la palabra. No sé si está enojado: tú, que lo conoces bien y sabes leer en sus ojos ¿no le has notado algo? ¿nada te ha dicho él de mí?

—Le he visto, en efecto, muy melancólico. ¿No le has dicho tú alguna cosa que le ofenda? Porque Guillermo es muy delicado.

—No, nada; por más que pienso, no hallo qué cosa le ofendiera, pero está ofendido, no me cabe la menor duda.

—Quizá inconscientemente has pronunciado una frase que hiera su dignidad.

—Ninguna, estoy segura.

—¿No te habló de matrimonio?

—Sí, varias veces.

—¿Y qué le contestaste?

—Maria Teresa se quedó un momento pensativa.

—¡Ah! sí, ya caigo, exclamó. La última vez sin pensarlo, se me escapó esta frase: ¡Dios me libre!

—Es decir, que Dios te libre de casarte con él. Y ¿crees que tales palabras sean dulces caricias para un hombre bueno, digno y amante?

—Tienes razón; no había reflexionado.

—Pero si tal frase se te escapó, la guardabas en el corazón.

—Sí, la verdad la tenía; pero ya no la tengo.

—¿Cómo la has de tener si le diste salida?

—Quiero decir, que pensé que al lado de Guillermo no tendría ni la envidiable posición social, ni las consideraciones de que disfruto al lado de mis padres; pero amo á Guillermo, tú lo sabes, y juzgué

que no casándome por ahora, conservaba ambas cosas, su amor y mi posición social; pero puesto que puedo perder aquí, cambio de pensamiento. Además, viendo que se preparan todas las cosas para tu boda, me han dado muchísimas ganas de casarme yo también. Estoy envidiosa de ti, hermanita. Ojalá que nos casáramos el mismo día.

Lupe exhaló un profundo suspiro.

—¿Por qué suspiras? Qué ¿no te gustaría á tí lo que á mí me colmaría de alegría?

—Yo quiero la felicidad de Guillermo.

—¿No más la de él?

—¿Por ventura él y tú no están ya unidos por la más grata y dulce de las voluntades, la del cariño?

—Tú sabes querer, te lo he conocido siempre que contigo hablo de amor. ¡Qué feliz va á ser contigo mi hermano Alfonso!

Lupe hizo un poderoso esfuerzo para contener las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos y repuso:

—Pídele á Dios que lo sea.

—¡Dios mío, Dios mío!, dijo Alfonso entrando precipitadamente, con el semblante descompuesto y revelando en la mirada extraño pavor.

Las dos jóvenes asustadas lanzaron un grito.

—¿Qué tienes, qué te pasa? preguntó temblando María Teresa.

—¿Nada les han dicho, nada saben ustedes?

—¿De qué?

—Guillermo está en la cárcel.

Lupe y María Teresa se miraron asombradas: creyeron ambas haber sufrido una equivocación, y preguntaron á la vez:

—¿Quién?

—Guillermo Fernández.

—¿Pero él? dijo Lupe. No puede ser. Indudablemente la autoridad se ha equivocado.

Alfonso, herido como por un toque eléctrico, gritó frenético:

—Sí, sí; indudablemente se ha engañado, no la autoridad, sino Don Ignacio Minjares, que ha presentado al juzgado del ramo penal una acusación contra Guillermo.

María Teresa, atónita, fuera de sí abría inmensamente los ojos sin pronunciar ni una palabra.

—¿Y de qué acusan á Guillermo? preguntó Lupe, cuyo hondo dolor era dominado por la indignación.

—El señor Minjares le ha acusado de

robo con abuso de confianza, de la cantidad de cinco mil pesos. Y yo juro ante Dios y ante los hombres que Guillermo es inocente.

—Sí, sí; ¡es inocente! clamaron Lupe y María Teresa.

Alfonso, anonadado dejóse caer sobre el sofá, mientras que Lupe y María Teresa se deshacían en llanto.

La noticia de la acusación presentada contra Guillermo voló como eléctrico fluido por toda la ciudad, y la honra del desventurado joven caía de su elevado pedestal y era sin misericordia destrozada por el rayo de la difamación.

Si un juez para fallar un proceso necesita tiempo, pruebas, oír y valorar las razones de la acusación y de la defensa, meditarlo todo, y aún después de esto no pocas veces vacila inseguro, el público, guiado por el general clamor, que excita la imaginación, obscurece el entendimiento y pone en ebullición las pasiones, falla sin conocimiento de los hechos y espoleado por la malicia de su naturaleza corrompida, generalmente condena cruel é implacable.

Para la mayor parte de los comentadores de la interesante nueva, Guillermo era un ladrón, antes encubierto con el antifaz de la hipocresía. Para los banque-

ros, la justicia debía ser inexorable con él para escarmiento de muchos. Don Ignacio era una víctima pérfidamente burlada por aquel en quien había depositado su confianza. Todos ellos, ese mismo día, contaron las existencias de sus cajas, y dirigieron á sus cajeros investigadoras miradas, y no faltaron algunos que limitaran las facultades que les habían concedido y les aumentaran las obligaciones.

Una oleada infernal de difamación inundaba las casas de comercio, los bufetes, las oficinas públicas, penetraba hasta el santuario de los hogares y subía desbordante, en irreverentes cuchicheos, hasta el sagrado recinto de los templos.

La prensa local de información, y pocos días después la de toda la República, refería el suceso; y el aturdido y criminal gacetillero sacrificaba sin el menor remordimiento de conciencia á la oportunidad de una noticia, la honra sin mancha de un reo á quien la misma ley considera inocente, mientras no exista ejecutoria que le condene. Y aquella prensa degenerada y vil que fantaseaba á su antojo acerca de un hecho del que tenía vaga y general noticia, se arrastraba adulatora á los pies del rico banquero, mien-

tras que insultaba cobarde al infeliz procesado.

## XX

Apenas acababa de desayunarse Guillermo, y deliberaba si concurriría ó no al despacho del señor Minjares, cuando llamaron fuertemente á la puerta de su casa, y un gendarme le presentó una orden del juez del ramo penal para que compareciera inmediatamente al juzgado. Guillermo en el acto comprendió todo, pues sabía ya que el Lic. Cortés era abogado de la casa de su patrón, levantó los ojos al cielo con heroica entereza y cristiana confianza. Aquel noble corazón formado en el amor al trabajo y al cumplimiento del deber, y acostumbrado á poner toda su confianza, no en el hombre falaz y mudable, sino en Dios que es siempre fiel, lejos de temblar ante el tremendo peligro, previnose para el combate. La tranquilidad de la conciencia dábale la certidumbre de la victoria. No vaciló su fe, ni al recuerdo de las desconsoladoras palabras de un insigne publicista, que afirma que en este mundo pecador generalmente el perverso

triunfa del bueno. Con acento tranquilo dijo al gendarme:

—Dentro de algunos minutos estaré por allá.

—Tengo orden de acompañarle.

Guillermo, sin alterarse, tomó el sombrero y repuso:

—Vamos.

El proceso habíase iniciado con inusitada rapidez. Esa misma mañana, el señor Minjares había ratificado su acusación, se habían examinado ya testigos que declaraban que la caja de la casa del señor Minjares estaba bajo la custodia y responsabilidad de Guillermo Fernández, y que en ella había un déficit de cinco mil pesos.

Guillermo presentose ante el juez con serenidad. Los empleados del Juzgado secreteábanse y veían al joven con extrañeza. El juez le miró también, como buscando en aquella faz apacible y en aquellos expresivos ojos, las huellas del delito, y después de preguntarle sus generales y amonestarle para que se condujera con verdad, procedió al interrogatorio. Este fué breve: Guillermo confesó la existencia del desfalco, negó enérgicamente haber dispuesto de tal suma, de la que, en caso necesario hubiera podido disponer, por tenerla depositada en la caja

de su patrón por gratificaciones anuales no recogidas.

Esta defensa de Guillermo había sido hábilmente cortada desde la acusación, por el Lic. Cortés, quien arteramente negaba la existencia de tal depósito. El juez indicó á Guillermo se fijara en tal circunstancia; éste, vibrante de indignación, habló con tal espíritu de verdad, que el juez, á pesar de su juventud, no dudó de la inocencia del acusado. No obstante, creyó necesario depurar la verdad por medio del proceso, y mandó á Guillermo á la cárcel, detenido é incomunicado. No había necesidad de tal incomunicación, pero el novel abogado, siguió la tiránica práctica de la cual jamás se había apartado ninguno de sus antecesores.

Al entrar Guillermo á un estrecho, sucio y antihigiénico calabozo de la cárcel de Zacatecas, situada en la plaza de Santo Domingo, y sentir que tras él cerrábase las puertas de la prisión, dos ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Amor, felicidad, honra, todo lo he perdido en un momento, exclamó. ¡Bendito sea Dios! y lloró, lloró mucho pagando el tributo á la humana flaqueza; pero sobre ella, dominante, triunfador, levantábase el espíritu creyente. La fe es la misteriosa, la única, la invencible fuerza en

los grandes dolores. Cuando todo en derredor nuestro flaquea, cae y se hunde, sobre aquel montón de ruinas iérguese impasible la imagen de la fe, señalando el cielo. Cuando las sombras nos envuelven y el seductor panorama de la vida desaparece ante nuestros ojos, en el fondo de las almas buenas brilla la luz de una esperanza que no apaga el soplo del más terrible huracán. Cuando todas las personas queridas nos abandonan, el amor, que es luz, vida y fuerza, concéntrase en nuestro corazón, como los esplendores en el foco que los producen, para elevarse á las regiones sobrenaturales.

Guillermo, envuelto en aquella tremenda é inesperada catástrofe, que sepultaría bajo sus ruinas hasta el amor de María Teresa, buscó refugio en la justicia eterna.

La cárcel es un antiguo y vasto edificio, en otro tiempo convento de dominicos; las celdas se han convertido en calabozos, y allí, donde antaño la piedad de los religiosos elevó á Dios fervientes plegarias, hogaño Guillermo eleva una oración cuyo perfume era igual ó tal vez superior al de aquellas. Dentro del término de la ley, el juez dictó auto de formal prisión contra Guillermo, y levantóle la

incomunicación. Inmediatamente presentóse ante él Don Germán Olivares, el docto abogado en quien antes que el procesado, pensó Lupe, y le rogó fuese á ver á Guillermo y le defendiese.

A la primera hojeada comprendió el Lic. Olivares la inocencia del acusado, la enemistad del Lic. Cortés, la causa de ella y el amor que Lupe profesaba al reo, y con interés y entusiasmo tomó á pecho la defensa del joven.

El primer paso del defensor, fué promover la libertad del procesado, bajo caución. Para obtenerla, había el grave inconveniente de encontrar fiador idóneo para Guillermo. Alfonso espontáneamente se ofreció, pero no tenía bienes propios y no podía, por ende, ser aceptado.

Don Germán no quiso perder tiempo y resolvióse á constituir de sus propios fondos, el depósito que se le exigiera. El Lic. Cortés concurrió á la audiencia y se opuso con todas sus fuerzas á la libertad de Guillermo, y, ora fuera por pusilanimidad del juez, ora por las influencias hábilmente movidas por Ernesto, ora porque, en efecto, el juez, creyese impropio la libertad solicitada, la negó, á pesar de las sólidas razones alegadas por el Lic. Olivares.

Con este incidente aumentó la eferves-

cencia del clamor general. Los linderos entre lo justo y lo injusto no están siempre tan bien determinados, que en algunos puntos no se mezclen y confundan, y tal confusión origina diversas opiniones. Ya no había duda: Guillermo Fernández era un estafador, peor que los salteadores de camino, pues éstos, al menos, exponen su vida antes de apoderarse de lo ajeno.

No era el señor Sifuentes de los menos exaltados en contra del procesado. Hasta entonces había notado, no sin disgusto, la recíproca simpatía de Guillermo y María Teresa, y había disimulado creyendo firmemente que no pasarían de tiernas palabras y platónicos amores: pero cuando con motivo del ruidoso proceso hubo adulator indiscreto ó malicioso que le dió el pésame por la aflixión en que debía de estar María Teresa por la prisión de su futuro esposo, desbordóse la ira del orgulloso banquero.

María Teresa había sinceramente sentido la desgracia de Guillermo, creía en su inocencia con plena seguridad, y no pudo jamás la difamadora elocuencia de no pocas de sus amigas, arrojar en su espíritu ni la más leve sombra de duda.

—Es inocente, decía siempre; es inocente.

No salió de su casa en varios días, y aun

menguó su entusiasmo por atender al esmerado atavío de su persona.

Tal era el estado de ánimo de la hermosa rubia, cuando su padre, con el semblante desfigurado por la cólera, dijole con imperiosa voz:

—Quiero y te mando que en el acto, sin la menor dilación, remitas á Guillermo cuantas cartas tengas de él, pues he averiguado que tienes varias.

La joven se puso lívida y no pudo articular palabra.

—Me ha sido bochornoso, continuó Don Antonio, que se haya necesitado un crimen para que conocieras á quien buscaba, no el afecto de tu corazón, sino la fortuna ganada con mi trabajo, ó quizá una terrible venganza; pero por otra parte, celebro tal acontecimiento: nadie, ahora, me tachará de apasionado.

Don Antonio, viendo que su hija no se movía, ni hablaba, continuó subiendo de tono la voz:

—¿Qué esperas? ¿No me has oído? ¿No te basta que el padre de ese criminal me diera durante los floridos años de mi vida los más crueles sinsabores? Mi fortuna y mi honra fueron por muchos años el blanco de todos sus tiros y ya lo ves, la Providencia castiga en el hijo las maldades del padre.

—Obedeceré, papá, dijo María Teresa, trémula y conturbada.

Las injurias lanzadas por su propio padre contra Guillermo, hicieron al corazón de la joven un daño indecible, y rompió á llorar.

—Nada de lágrimas: traeme esas cartas, las necesito; hoy mismo deben estar en poder del delincuente.

María Teresa dirigióse al elegante ropero de biselada luna, abriólo, y de una cajita perfumada, alegre ruido de mil ilustraciones sacó un paquetito de cartas atado con un listón color de rosa, algunas flores y un guardapelo de oro que contenía un rizo y el retrato de Guillermo.

—Aquí están, dijo á su padre.

—Ahora, escribe.

—Papá: las mandaré sin decirle nada.

—Te mando que escribas.

María Teresa conocía muy bien el impetuoso é inflexible carácter de su padre, inclinó resignada la cabeza, tomó pluma y papel y escribió lo que su padre le dictaba.

“Señor:

Nada puede haber de común entre nosotros, después de lo que ha pasado. Le remito sus cartas: sírvase devolverme luego las mías.”

La joven firmó, dobló el papel, púsole en el sobre y entregó á Don Antonio paquete y carta.

El banquero, sin murmurar ya ni una palabra, salió de la habitación.

—Todo acabó entre él y yo, dijo María Teresa, y se quedó contemplando con dolor la cajita que había guardado el perfume del corazón de Guillermo.

---

## XXI.

El Lic. Cortés tenía la perspicacia de la malevolencia y la actividad de la codicia. Conoció luego el rompimiento entre Guillermo y María Teresa, con ansiedad por él esperado, y sin pérdida de tiempo volvió con ímpetu á acosar á la virginal belleza cuyo afecto anhelaba con frenesí. En cuanto al amor de Ernesto para María Teresa, no era grande ni profundo: aquel corrompido corazón era incapaz de tal amor. Cautivábale, es verdad, la belleza de la aristocrática rubia, á quien, sin embargo, guardaba oculto rencor por haberle pospuesto á Guillermo, pero á todo trance, quería encumbrarse favorecido por la fortuna y alta jerarquía social de la hermosa joven.

María Teresa recibió las declaraciones del joven, primero con ira, después con indiferencia, y por último, con el único agrado de la vanidad halagada.

Ernesto ocultaba arteramente á todos los amigos de Guillermo, los esfuerzos que hacía para perderle, y con hipocresía capaz de convencer á la misma virtud, si ésta no tuviera divina luz, lamentaba el suceso, compadecía al procesado, y esperaba su completa justificación; pero entretanto, en cumplimiento del deber profesional, tenía que patrocinar al acusador.

Tan tierno y compasivo estuvo en cierta ocasión, que el señor Sifuentes se irritó del candor del Lic. Cortés, y Doña Carmen se conmovió y calurosamente elogio los buenos sentimientos de aquel corazón de oro.

Alfonso, desde el día de la prisión de su amigo, no hallaba en ninguna parte reposo. La paz había huído para siempre de su alma; algunas veces sorprendíale la aurora sentado en una poltrona, sin haberse siquiera tendido en el lecho, con la mirada fija en el suelo y el semblante aflado por el sufrimiento.

El, solamente él, tenía la culpa de todo; pero juzgaba imposible remediar el mal. Decir una sola palabra. No, nunca,

jamás. Si sólo perdiese la protección y aun el cariño de su padre, tal vez hablaría; pero á su Lupe, al ángel á quien amaba con suavidad incomparable, en cuyos ojos había luz del cielo, en cuya voz vibraban inefables armonías y cuyo corazón exhalaba la fragancia del perdido paraíso, no, nunca, jamás.

Frecuentemente para no sentir sus penas, Alfonso buscaba en el alcohol la insensibilidad del embrutecimiento; pero apenas su razón se despejaba, la serpiente del remordimiento juntaba más sus anillos y se enroscaba más estrechamente en aquel afligido corazón.

Alfonso no había visto á Guillermo desde el día en que le aprehendieron; pero cuando supo la escena que había pasado entre María Teresa y su padre y el rompimiento de las relaciones de aquella con su novio, se contristó mucho y apresuróse á visitarle, pues le dolía en el alma aquel acontecimiento tan humillante para Guillermo.

Poco antes de llegar Alfonso á la alcaldía, donde el procesado recibía sus visitas, éste estaba acompañado del Lic. Olivares. El docto abogado empeñábase en entablar una demanda civil contra el señor Minjares por los fondos que indebidamente había detenido á Guillermo.

—No hay ejecutoria que condene á usted, y él no puede retener lo que á usted pertenece. Autoríceme para hacer la debida reclamación.

—No, señor, repuso Guillermo. Ahora menos que nunca; se creará que es una venganza después de la carta que me escribió María Teresa; daría lugar á que la pública difamación que recoge los pensamientos y juicios de todos para ser más infame y calumniadora que ninguno, nos hiriera á ella y á mí con las lenguas de todos.

—¿Ama usted aún á María Teresa?

—No lo sé; he abierto á usted mi corazón agradecido en el alma á sus bondades para conmigo. Algunas veces, al verle cerca de mí, pareceme usted la sombra de mi amado padre que viene á ampararme en la prisión.

Don Germán enterneciósese mucho al escuchar á Guillermo.

—El golpe más fuerte y doloroso que he recibido durante tan extraños y dolorosos sucesos, continuó el joven, ha sido sin duda esa carta que como envenenada saeta penetró en mi pecho; pero quizá haya sido el más eficaz remedio para curarme de un insensato amor.

—Dios lo quiera.

—Cuando ví la resistencia de María

Teresa á ser el ángel de un hogar pobre, pero honrado, mi amor propio sufrió la primera terrible lesión, pero no naufragó aún aquel tierno y ardiente afecto que por ella sentía; mas cuando en la desgracia que me aflige, que no me he buscado, sino que Dios me envía y recibirla debo como dádiva de sus manos, llega á mi obscura prisión el eco de la voz de la mujer amada para decirme: huyo de tí porque eres criminal, no pueden ya quedar de las ilusiones de ayer sino miseros despojos.

—Mas la herida no ha cicatrizado aún.

—Es muy honda.

—Yo tengo un bálsamo eficaz que la curará en breve.

—¿Cuál?

—Los ojos de aquella dulce morena en donde reverbera un sol que no tiene ocaso.

—¿Cree usted que me ame?

—Estoy seguro de ello.

En ese instante entró Alfonso, vió al abogado, luego á Guillermo con cariño y se arrojó en sus brazos.

—¡Guillermo!

—¡Alfonso!

Los dos amigos lloraron; el uno de gratitud, el otro de pena y remordimiento.

—Sólo Pimpollo y tú han venido á vi-

sitarme. ¿Qué pocos amigos le quedan á uno cuando está en la cárcel!

—¿Vino Pimpollo?

—Sí, fué el primero en visitarme.

—Y doy testimonio, dijo el Lic. Olivares, de que se afectó mucho.

—Citan á usted del Tribunal, dijo al abogado el alcaide.

—Bien, voy luego.

—¿Saldrá hoy Guillermo? interrogó Alfonso.

—Así lo espero, contestó Don Germán. la libertad bajo caución es procedente; pero el juez de primera instancia obstinóse en negarla. Voy al Tribunal.

—Espero, dijo Alfonso, tengo ansia de saber la resolución.

Los dos amigos entregáronse á los dulces desahogos de la franca amistad.

—Tengo que confiarte una cosa, dijo Alfonso en el momento que creyó más oportuno.

—¿Cuál?

—Papá obligó á mi hermana á escribirte la carta que te mandó; ella se resistía. Te lo digo para que á los pesares que tienes no se agregue el de que hayas creído cruel á María Teresa. No sería ella capaz de ultrajarte así.

—Sí, te creo, y no sabes el placer que me infunden tus palabras. Bien veo que

nada puede haber ya entre María Teresa y yo, y de ella me he despedido para siempre. Fué su cariño una página dorada de mi vida, y era conveniente, para que la dicha no me embriagara, que viniese después esta página negra. Sí, Alfonso, la embriaguez de la dicha suele ser la peor de todas, por eso la paternal Providencia no hace dichosos en el mundo.

Aquellas palabras de Guillermo, pronunciadas con tan profunda convicción y en tan solemnes momentos, impresionaron mucho á Alfonso y no las olvidó en toda su vida.

—Y bien, amigo mío, dijo Guillermo, nada me dices de tí, de tu boda, de tu felicidad.

Alfonso suspiró tristemente y repuso:

—Guillermo, Lupe es buena, muy buena; pero cuantas veces hablo con ella de nuestro porvenir, del amor puro y grande que me ha inspirado, no siento que su corazón se dilate henchido de emoción. Paréceme que se esfuerza por quererme, que busca en mis ojos una luz que logre fascinarla y una alma á quien estrechar con el vigoroso impulso de la suya; pero que á pesar de sus heroicos esfuerzos no la encuentra. ¿Me engañaré? ¿Será que todo le parece poco á mi cari-

ño? Tú que la conoces bien, dime, ¿qué juzgas?

Las palabras del jóven impresionaron profundamente á Guillermo: su fantasía presentóle á la dulce morena, incesantemente procurando amar á quien ya iba á darle su nombre, y se arrepintió una y mil veces de no haber sido él el primero en hablar á aquel corazón y en no haber conquistado un amor que entonces tenía en alta estima. En ese momento sintió hasta celos y no pudo resignarse á ver los esfuerzos de Lupe para amar á Alfonso. Púsose en pie, agitó la cabeza como para ahuyentar tal imágen, y respondió con sequedad:

—No sé!

—¡Victoria! dijo Don Germán entrando.

—¿Qué hay? repuso Alfonso.

—El Tribunal ha revocado el auto del juez de primera instancia: declara procedente la libertad bajo caución.

Todavía necesitáronse algunos trámites; pero debido á la actividad del Licenciado Olivares, Guillermo quedó en libertad ese mismo día.

La anciana y criada que asistían á Guillermo le recibieron con tales muestras de alegría que éste se conmovió ante la gratitud de aquellas sencillas almas. La

anciana, morigerada y devota, buscó en vano una dura frase con que anatematizar á los calumniadores de Guillermo; pero con toda seguridad hubiera lanzado á los cuatro vientos el mayor dicitario si lo hubiera sabido en español; mas si no lo pronunció la boca, lo dijo el corazón.

## XXII

—¡Cuánto le agradecemos, decía Lupe á Guillermo que su primera visita haya sido para nosotras!

—Cuán afligidas estábamos por tantos acontecimientos tristes! murmuraba Doña María.

—Son las únicas amigas que me quedan en el mundo. No sé por qué durante los amargos días de mi cautiverio, recordaba sin cesar aquella edad feliz en que Lupe y yo jugábamos juntos.

—Y hasta reñíamos alguna que otra vez.

—Pero no eran riñas de verdad.

—No; era para contentarnos después y que la reconciliación hiciese más dulce la amistad.

Los ojos de Lupe y Guillermo sostuvieron por unos instantes una mirada

tierna y expresiva, parecían decirse: ¿por qué no vuelven aquellos dichosos tiempos?

Después siguió entre los jóvenes un embarazoso silencio que nadie se atrevió á romper. Era evidente que ambos tenían que decirse muchas cosas, y no podían ni debían salir de su pecho. Guillermo fué el primero en hablar:

—¿No me toca usted algo?

—Sí, con mucho gusto; aunque estoy segura de hacerlo muy mal, pues desde que está usted preso el piano ha enmudecido. ¿Qué quiere usted que le toque?

—“Rayo de Luna” de Beethoven, dijo el joven, me gusta mucho.

Mientras Lupe tocaba con ternura y hondo sentimiento, aquella inspirada sonata del gran maestro alemán, Guillermo escuchaba con reverente silencio. Sentía algo extraño, indecible, como si en efecto un rayo de la casta diosa de la noche iluminara las tinieblas de su espíritu.

—¡Qué bello! exclamó cuando murió en el piano la vibración de la postrera nota. Lupe, tiene usted alma de verdadera artista. Me ha hecho sentir y sufrir mucho.

—¡Sufrir, Dios mío! entonces nunca vuelvo á tocar delante de usted.